

éstas puedan alcanzar. Desde luego quedaremos sorprendidos de la majestad de San Pedro, que por la primera vez habremos contemplado de frente á considerable distancia: distamos de él más de dos kilómetros y sin embargo vemos distintamente la ornamentación de su fachada; reconocemos los personajes que representan las estatuas que la coronan; medimos la extensión de su gran techumbre semejante á una ciudad levantada á una altura prodigiosa, en la cual se alzan altísimos edificios circulares, las cúpulas de las capillas, y en medio de estos edificios el inconmensurable que á todos los achica, la cúpula principal, la obra gigantesca que realiza la promesa que hiciera el Bramante y ejecutara Miguel Angel de subir á las bóvedas de San Pedro, el Anfiteatro Flavio y sobre éste colocar la rotonda del Pantheon. Delante de la inmensa Basílica, la imponente mole Adriana cercada de una doble muralla, bañándose en las turbias aguas del caudaloso Tíber: las cúpulas de cuatrocientas iglesias levantándose sobre los millares de construcciones aglomeradas en pintoresco desorden; las puntas de los obeliscos asomando en medio de las plazas; las imponentes ruinas de los antiguos edificios de la Roma pagana, sembradas por doquiera dentro de la ciudad y en sus alrededores; las hermosas villas, dejando ver apenas las habitaciones entre el espeso follaje de los bosques y de los jardines que las rodean; las hermosísimas arboledas del encantador paseo del Pincio y adelante los bellos parques de la deliciosa Villa Borghèse.

Al volvernos hacia la fachada de la iglesia, nos encontramos con la puerta cerrada. Disgustados por esta contrariedad nos disponíamos á bajar la escalera, cuando un coche que llegaba á la plaza, entrando por la *Vía Felice*, detúvose delante de una puerta que sirve de zaguán á un edificio de modesta apariencia: descendió del coche una señora vestida con elegancia; llamó á la puerta, la cual se abrió y vimos en el interior aparecer una joven con traje de religiosa; comprendimos que había un convento agregado á la iglesia, y pensando que allí se nos podría facilitar la entrada al tem-

plo, dirigímonos al zaguán que se había vuelto á cerrar luego que la señora hubo entrado: llamamos y no tardó en abrirse, presentándonos una simpática jovencita como de diez y seis años, de baja estatura, blanca, de grandes ojos azules, carirredonda, de nariz roma, labios gruesos graciosamente entreabiertos por una infantil sonrisa. Reconocimos el tipo francés de las mujeres del campo, y saludándola en este idioma, en el cual correspondió con amabilidad nuestro saludo, la dijimos.

—¿Podría usted hacerme favor de que pasase yo á visitar la iglesia, si el reglamento de la casa no lo prohíbe?

—Pase usted, señor, nos respondió en francés, voy á pedir el permiso á la superiora para abrir la iglesia.

—Perdone usted, repusimos, no quería causar á ustedes ninguna molestia.

—Ninguna nos causará complacerle. Ya veo que es usted extranjero, y acaso no podrá volver á las horas en que está abierta la iglesia.

Diciendo esto cerró la puerta del zaguán, y se apartó de nosotros tomando la dirección de un largo corredor que se veía al frente. No tardó en volver con unas llaves en la mano, y se detuvo delante de una puerta inmediata, que abrió, haciéndonos indicación de que entrásemos.

La puerta de comunicación interior de la iglesia con el convento, corresponde á una de las capillas que circundan el templo, el cual es de una sola nave. Desde luego se forma idea el visitante de que llega á una iglesia francesa. La decoración de las paredes, el aspecto de las imágenes, la disposición de los altares, la colocación de las bancas y la forma de éstas; todo es netamente francés. Dominados con esta impresión, nos hallábamos en el centro de la iglesia, observándola en su conjunto, cuando se nos acercó la joven religiosa y con un aire de angelical modestia nos dijo:

—La superiora me ordena que acompañe á usted y le muestre lo que tenemos de más notable.

—Agradezco mucho á usted y á la superiora tan delicada atención. Yo acostumbro ver las cosas despacio, y sentiría

distraer un largo rato de sus ocupaciones á la hermana portera.

—No tengo que hacer á esta hora, nos dijo con amabilidad, y guiando á las capillas de la derecha, fué llamándonos la atención acerca de los objetos que cada una contenía. Al llegar á la tercera, que está consagrada á la Asunción, nos hizo notar las bellezas de un cuadro que representa á la Virgen María en ese misterio; y luego, señalando los frescos de las paredes y de la bóveda, que contienen diversos pasajes de la vida de la Madre de Dios, añadió:

—Vea usted estos frescos, y le recomiendo que se fije en el de la Anunciación y en el de la Presentación de Jesús al templo. Son muy celebrados de los conocedores, y se sabe que fueron pintados conforme á los dibujos que dió un gran pintor, Daniel de Volterre. ¿No tiene usted noticia de este maestro?

—He visto en Roma, le respondimos, algunas obras de este insigne pintor, célebre por habersele comisionado para vestir algunas de las figuras del gran fresco de Miguel Angel en la Capilla Sixtina.

—Cabalmente. Va usted á ver un original que poseemos de este mismo autor; cuadro famoso, según se nos ha dicho, y del cual hacemos gran estimación. Todos los extranjeros que visitan la iglesia, se detienen mucho contemplándolo.

Seguimos viendo las demás capillas del lado derecho. Pasamos después al izquierdo, y al entrar en la segunda, notando la religiosa que nos llamaba la atención un bello cuadro de la Aparición de Jesús á la Magdalena, nos dijo:

—¿Es usted pintor?

—No, le contestamos; simplemente amator del arte.

—He observado, prosiguió, que á todos los pintores les agrada mucho este cuadro, y á usted le está gustando á lo que veo. Es original de Julio Romano, discípulo de Rafael.

—Precisamente, por eso me fijé en la pintura: creí reconocer en ella el estilo del gran maestro.

Llegando á la quinta capilla, díjónos con aire de entusiasmo, señalándonos un gran cuadro que nos dejó estupefactos.

—Aquí tiene usted el famoso Descendimiento, de Daniel de Volterre. Se asegura que está calificado como el tercer cuadro de primer orden en el mundo, después de la Transfiguración, de Rafael, y de la Comunión de San Gerónimo, del Domeniquino. Frecuentemente solicitan permiso los artistas para copiarle. Sabemos que fué pintado en la pared; pero estando expuesto á desaparecer á consecuencia de la humedad, fué trasladado al lienzo por un pintor de genio, Camuccini, en el año de 1811.

—Mucho había yo oído hablar sobre este fresco, dijimos á la religiosa, pero lo encuentro superior á cuanto acerca de él sabía. Es una pintura admirable.

Muy largo rato quedamos contemplando el cuadro: lamentamos que no hubiese sido transportado á la tela mucho tiempo antes de la época en que se hizo. Habría conservándose para el arte en mucho mejor estado del en que se halla, á pesar de los retoques que el mismo Camuccini se vió obligado á darle. Es de sentir que las injurias del tiempo hayan hecho cambiar la entonación de la pintura, produciendo el efecto de un deslave del cual se resiente el relieve de las figuras y aun la energía de la expresión. Por lo demás, la fuerza de la composición pertenece á una escuela superior que sólo podía formar y presidir un gran genio; siendo tanto más estimable esta cualidad, cuanto que puede asegurarse que Volterre fué el primero en crear, digamos así, este asunto, de cuyas situaciones escénicas supo después sacar tanto partido el admirable Rubens. Ciertamente es que merece reproche la exageración del dolor en la Madre de Dios, hasta haberla representado desmayada, y en este defecto no incurrió el artista flamenco; pero es necesario conceder mucho al genio que quiso hacer un alarde de fuerza, presentando escena tan sentimental como la de una madre que no puede sobreponerse á la dolorosa impresión de ver á su hijo muerto y ensangrentado, y cae pesadamente sobre el suelo en brazos de las mujeres que la acompañan. El cadáver del Salvador es una figura incomparable, en la cual no se advierte imperfección alguna, y el Santo Varón de atléticas formas

que le va sosteniendo entre sus brazos, en el momento en que los hombres que se hallan más arriba le dejan casi todo el peso de la preciosa carga, es una figura que vale por sí sola un tesoro. Solamente Miguel Angel habría podido representar el cuerpo humano con tanta propiedad y en actitudes tan nobles y varoniles, y todavía le superó Volterre, evitando la exageración en el desarrollo muscular, que justamente se ha criticado al pintor de Julio II.

Ya no teníamos que ver más en Santa Trinidad de los Montes, después de haber admirado esta magnífica pintura. Nos dispusimos á salir en compañía de la religiosa, con quien fuimos conversando hasta despedirnos en el zaguán.

—Esta iglesia, le dijimos, tiene toda la apariencia de un templo francés.

—Efectivamente, repuso la joven; fué edificada por un monarca francés, Carlos VIII, á ruego de San Francisco de Paula. Sixto V la consagró en 1585. Abandonada después durante muchos años, la hizo restaurar Luis XVIII.

—¿Y la comunidad religiosa á que usted pertenece, es también francesa?

—Lo es la institución, nos respondió. Se denomina de las "Hermanas del Corazón de Jesús." Nuestro ministerio es la educación y la enseñanza. Tenemos aquí establecida esta casa, en la cual hemos reunido un considerable número de señoritas.

—¿Pertenece á la misma regla de esta comunidad, la que ha planteado algunas casas de educación en México?

—Probablemente sí; porque estoy informada de que tenemos algunas casas en América, y tengo noticia de que prosperan mucho. ¿Usted es originario de América?

—Soy mexicano.

—Yo tendría gusto de que se me destinara á servir en esa nación. Me simpatiza mucho, y allí se venera una prodigiosa imagen de la Santísima Virgen, aparecida á un indígena. Dos señoritas mexicanas que hemos tenido aquí, me refieren que en México se reconoce como singular protectora á esa

santa efigie. Ruego á usted que si la visita á su regreso, le haga un recuerdo de mi parte.

—Con muy buena voluntad lo haré, manifestamos á la joven, un tanto conmovidos por el recuerdo que había evocado de nuestra patria y de nuestra Patrona.

Llegábamos entretanto al zaguán. La hermana portera descorrió el cerrojo y se abrió la puerta. Sin atrevernos á presentar la mano á la joven religiosa, por temor de infringir el reglamento, hicimos una profunda inclinación al despedirnos.

—Adiós, hermana, le dijimos. Quedo muy agradecido á usted por sus bondades. Ruegue al Señor por mí.

—Adiós, señor, nos dijo en tono de angelical dulzura. Mis recuerdos á la *Guadalupe*.

Avanzamos un paso fuera del zaguán y la puerta se cerró inmediatamente al impulso de un resorte.

Saliendo á la plataforma, vimos á la derecha poco distante y en el declive de la montaña en dirección al paseo del Pincio, un bello edificio medio oculto entre una espesa arboleda: era la Academia de Francia, en otro tiempo la Villa Medici.

En 1540 el Cardenal Ricci de Montepulciano, hizo edificar una quinta y en ella un palacio, que más tarde fué embellecido por el Cardenal Alejandro de Médicis, llegando á ser una de las residencias de placer más deliciosas de Roma. Su situación elevada, que domina completamente la ciudad y sus alrededores, la hermosa arquitectura del palacio, cuyos planos se cree formó Miguel Angel, la vegetación abundante que lo rodea y el agua de que disfruta, hacen de él una posesión bellísima, digna de ser visitada.

Con razón la Francia supo aprovechar la ocasión de adquirirlo para establecer en él la Academia de Bellas Artes que fundó en Roma en 1666 el gran monarca Luis XIV. Conocido el carácter y las aptitudes de los franceses, ya se deja entender que el edificio se halla dotado de todas las condiciones que exige un plantel de su importancia. La disposición interior, la decoración de los salones, la riqueza de los

modelos, con especialidad las reproducciones de las obras maestras del arte antiguo, hacen de la Academia de Francia el más importante de los establecimientos extranjeros de su clase que existen en Roma.

En aquel vasto edificio se alojan muchos jóvenes franceses á quienes el Gobierno concede pensiones en recompensa de los adelantos obtenidos en las escuelas nacionales, principalmente en la de Bellas Artes de París. Allí perfeccionan sus conocimientos con el estudio de los grandes modelos que no posee ninguna otra nación del mundo en el número que los tiene la Ciudad Eterna.

Si algún día México llega á imitar el ejemplo de estas naciones, nuestra Academia de San Carlos vendrá á ser lo que merece, y las bellas artes en nuestro país adquirirán la importancia que hoy no tienen. Las reducidas pensiones que actualmente se conceden á los más aventajados alumnos de nuestra Academia, apenas bastan para la manutención en Roma de los jóvenes pensionados, quienes viviendo aislados en un mal hotel, carecen de los elementos necesarios para relacionarse con los artistas de su profesión, y acaso no pueden disponer ni de los medios indispensables para proporcionarse la entrada en los establecimientos. La vida de hotel en el extranjero es siempre cara y dispendiosa para cualquiera; pero mucho más para jóvenes sin experiencia y acostumbrados á vivir siempre en familia, como son el mayor número de los nuestros. Por otra parte, un joven á quien se deja abandonado á sí mismo en una sociedad extraña, y lejos de la vigilancia ó de los respetos de sus padres ó de sus parientes, con mucha facilidad se entrega á la disipación, malogrando las esperanzas de su Patria, fundadas menos que en los talentos del agraciado, en el buen empleo que de ellos haga y del tiempo de que disponga para su aprovechamiento. Sabia es la conducta de los gobiernos que como Francia, España, Alemania, y no sabemos si alguna otra, reúnen á sus pensionados en una Academia, en donde un director entendido y de buenas costumbres cuida de los estudios y atiende á la moralidad de los jóvenes, para que no sea defraudado el Go-

bierno en lo que tiene derecho á esperar de esas inteligencias que quiere cultivar para bien de los interesados y honra de la patria.

Una extensa pared que cerca la antigua Villa Medici, la separa del magnífico paseo del Pincio, uno de los más bellos y elegantes de Roma, que se extiende hasta la espléndida villa Borghèse.

Al principiar este siglo, toda la parte del monte Pincio que hoy ocupa el paseo, estaba simplemente cultivada con viñedos. Durante la invasión francesa fué encomendada la formación de este lugar de recreo al arquitecto Valadier, quien al restablecimiento de Pío VII continuó encargarlo de la ejecución de las obras y las terminó con la magnificencia que dispuso el gran Pontífice. No solamente el plan general del paseo sino las construcciones que revisten la montaña por el lado de la plaza del Popolo formando una subida cómoda para la gente de á pie y fácil para los coches, dan muy alta idea de las aptitudes del arquitecto y revelan el buen gusto que presidió á la dirección de los trabajos. Estas construcciones, embellecidas con decoraciones arquitectónicas, con estatuas, con columnas, con bajo-relieves; mezcladas con el follaje de las plantas y de los árboles, ofrecen por el lado de la plaza un aspecto sorprendente.

La grande esplanada de este paseo, en la cual se goza de la vista encantadora del panorama de Roma y de sus alrededores, se halla dividida en extensas plazas y espaciosas calzadas, que sombrean hermosísimos árboles: en algunos compartimientos están cultivados bellísimos jardines; en otros se han formado soberbios bosques de tupido follaje. En el lugar más prominente se alza un *casino* de bizarra arquitectura y cerca de él fué erigido un obelisco egipcio. Las plazas y los jardines aparecen sembrados de estatuas antiguas y modernas y á las orillas de las calzadas principales, una gran cantidad de monumentos que los antiguos romanos llamaban *honorarios*, vense coronados con los bustos de italianos ilustres que se han distinguido en las ciencias, en las letras, en las bellas artes y en la milicia.

Es verdaderamente encantador este paseo en las tardes, principalmente de los días festivos. Una muchedumbre numerosísima llena sus glorietas, sus prados y sus calzadas. Bajo elegante kiosko se instala una magnífica orquesta militar, haciendo oír escogidas piezas de la mejor escuela italiana. Grupos de familias en los cuales atraen las miradas hermosísimas mujeres vestidas con gracia y sencillez, recorren las calles, ó se sientan en las bancas y sillas, conversando alegremente; preciosos niños de ambos sexos corren por los prados, retozando alegres y bulliciosos; los estudiantes de diversas nacionalidades, vestidos con los uniformes de sus respectivos colegios, atraviesan por entre la multitud sin detenerse, caminando con la circunspección de los que van acompañados por los superiores. Llamam entre estos la atención por su gallarda presencia los alemanes y los ingleses. No se extraña la presencia de los eclesiásticos con su vestido talar. Pelotones de oficiales y de soldados francos con sus trajes abigarrados y en actitudes poco marciales, se agrupan en los sitios más concurridos, haciendo ostentación de su galantería con las damas. Infinidad de carruajes conduciendo hermosas matronas y bellas señoritas, circulan por las avenidas; suben y bajan por las rampas, se detienen cerca de las glorietas, y á veces abandonan su carga en los sitios más amenos y mejor sombreados. El paseo del Pincio es á Roma lo que es de la Alameda es á la capital de nuestra República; aun cuando desgraciadamente nuestro paseo, tal como ahora se encuentra, dista mucho de ser comparable con aquel.

Contiguo al Pincio está otro paseo, que aun cuando pertenece al dominio privado, tiene á favor de la ciudad la servidumbre de recibir todas las tardes á sus pobladores. Llámase la Villa Borghèse y es el sitio en donde se reúne el mundo elegante, especialmente de los que arrastran coche. Es nuestro paseo de Colón en México; pero con la diferencia de que el número de carruajes de lujo en cualquier día de fiesta será el doble de los que contamos en la tarde del Martes de Carnaval, y además, que todos los coches van abiertos y por lo mismo la concurrencia toda es visible, lo que no sucede entre